

¡Quiñones! dijo el coronel, avance usted sobre el camino con una compañía de tiradores.

El oficial cumplió estrictamente con las órdenes.

Martínez había puesto en fuga á las guerrillas y volvía trayendo algunos prisioneros.

Seguramente estaba acostumbrado á esta clase de encuentros, porque no le dió importancia al triunfo que acababa de obtener.

A las cuatro de la mañana se puso en marcha el ejército, emprendiendo el ascenso de las lomas que indican la proximidad del *Monte de las Cruces*.

Detúvose el coronel en lo alto de las lomas y fijó su mirada en la capital.

Apenas se distinguía la bella confusión de sus torres y sus cúpulas.

Las nubes acarician la frente de la beldad azteca, y el espejo de sus lagunas, como una faja de luz, simpatizaba con las tintas apacibles del alba.

El viento de la mañana agitaba los celajes importunos, semejantes á los espíritus de la noche que se apoderan del corazón para entristecerlo

¡México desapareció!

El coronel azotó fuertemente á su caballo, y sin volver la vista, se perdió en las quiebras del camino de Santa Fé.

CAPITULO SEGUNDO.

EL DRAMA.

I.

El que haya caminado con el ejército, habrá tenido lugar de ver los hondos sufrimientos de nuestros soldados.

Desnudos, hambrientos, seguidos de una familia desgraciada que participa de sus penas, emprenden su marcha sin levantar una queja, sin reflexionar sobre su situación.

La mujer carga á veces el fusil y el soldado al infeliz niño. Duermen al raso en el camino junto á una lumbrada y á veces ésta es apagada por la lluvia.

El fuego del sol y los hielos del invierno no lo abaten, así pasa su existencia hasta que una bala viene á poner término á tan penosa peregrinación.

Entonces aquella familia se hunde en la noche de su destino.

Luchan como leones en el combate, sí, luchan sin esperanza, porque su suerte no cambiará jamás: ¡que importa! si muere, aparecerá anónimo en el detalle de los muertos; si sobrevive al triunfo se le recomendará en la orden del día.

Gloria á vosotros, valientes soldados que derramáis vuestra sangre hace medio siglo por conquistar las libertades de vuestros hermanos, ¡gloria á vosotros! Os ha tocado una época bien desgraciada, pertenecéis á una generación de mártires; pero el porvenir es acaso de vuestros hijos.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Las divisiones avanzadas no habían encontrado á su paso donde alojarse, y pernoctaron sobre el camino.

El tren de artillería era llevado violentamente; pero á veces se detenía en las cuestas y quebraduras á causa de su camino lleno de obstáculos.

Además de la tropa, ya hemos dicho que venían multitud de personas huyendo del contacto de los invasores ó temiendo ser víctimas en los momentos de la entrada de los franceses.

Los enfermos caminaban en coches embargados, y multitud de partidas sueltas se perdían en las veredas.

Presentaba aquel conjunto un cuadro pintoresco.

El canto de los soldados, los gritos de los conductores, las conversaciones de las caravanas, levantaban un murmullo constante.

Salió el sol y las armas formaban un cambiante de luz hermosísimo.

Todos los amigos se reconocían, se abrazaban, preguntaban por los compañeros.

Para dar idea de estas conversaciones, haremos que el lector conozca algunos diálogos.

—Querido, vienes muy triste.

—Un poco, la familia, la.....

—La novia, ya no pasarás tanto por los arbolitos, chico, ya estabas secándolos con tanto reclinarte, debías pagar la contribución de paseos.

—Iba yo por refrescarme.

—Ya entiendo, la sangre; eres más feliz que yo, á mi siempre me la han quemado.

—¿Quién es aquella muchacha que va con el teniente Ibáñez?

—Hombre, su hermanita.

—¡Ya! la hermana de su hermano. A propósito de hermanos, ¿dónde van los tuyos?

—Por el camino del interior hasta san Luis Potosí.

—¿Y tú porqué no los sigues?

—Yo estoy con el general Garza, marchó hasta Tampico.

—Querido, viajas mucho para porporcionarte las *intermitentes*.

—La intervención me ha salvado; figúrate que el maldito viejo quería atraparme, y entre el matrimonio y la fiebre amarilla no hay disyuntiva.

—Ese es mi programa.

—¡Bravo! gritó con acento alegre el capitán Martínez, estos jóvenes son de mi escuela, ¡ha de los solteros! Yo llevo la bandera y pienso ponérmela de sudario; ¿pero qué es este pueblo incendiado? ¡rayo! esto es un aduar por donde han pasado los comanches.

III.

Aquel que fué pueblo, se llama Cuajimalpa.

No era ya un lugar alegre lleno de casucas y fonditas, con una plaza donde se encontraba la fruta más apetitosa; ya no salsa del pequeño hotel esa nube de humo que anunciaba á los pasajeros de México y Toluca un almuerzo magnífico á aquellas alturas.

Ya el alcablero no estaba tomando sol al portalito de la oficina, ni se agrupaba la gente al oír los cascabeles de la posta.

Cuajimalpa ya no existe, las casas están arruinadas, las tápias de los corrales derribadas, la oficina del peaje incendiada.

El aliento destructor de la revolución, ha pasado por allí hoy es el asilo de algunas familias que sufren las frecuentes invasiones de los foragidos y de los insurrectos.

—¡Hola, señores! gritó el general Rojas saliendo de uno de los jacalitos, aquí hay *té* y *catalán* para los compañeros.

—¡Presente! gritó Martínez, y tomó con la rapidez del gavilán la botella que llevó á sus labios durante dos minutos.

—Parece que es usted afecto.

—Algo, así, así, ahora estoy de dieta, soy de la *sociedad de temperancia*.

Y luego se puso á cantar la conocida copla de:

Que beban agua los bueyes

Que tienen el cuero duro.

—Anoche hemos dormido en este sitio infernal, dijo Rojas,

sin más abrigo que las estrellas; es necesario arrostrarlo todo por defender á la patria porque.....

—Copas y no proclamas, dijo el capitán Martínez; otro trago, que el camino es largo y dentro de poco el sol picará como un demonio: ¡viva Cuernavaca! ya le tengo recomendado á Leiva me envié un barrilito del pie de la vaca, porque *el que no bebe no vive*.

—Compañero, dijo Rojas, usted es capaz de beberse la laguna de Chapala.

—Sí, mi general, como esté llena de vino.

—Anoche, prosiguió Rojas, estuvo el coronel Lozada con Pepe Querejazu y el Doctor Larrea, me acompañaron á cenar y bebieron de lo lindo.

—A propósito de cena, dijo el capitán Martínez, ese señor Querejazu lleva un caballo que dá grima.

—Las leguas lo amansarán, replicó Rojas, el camino hace dóciles á los hombres y á los animales.

—Menos cuando no los hace, contestó Martínez. Lo que digo es que ese caballo es mucho animal para ese jinete.

—Bebimos hasta la madrugada, continuó Rojas, mis compañeros siguieron su camino, ustedes deben alcanzarlos dentro de hora y media; porque el coronel Lozada va despacio con su infantería y piensa llegar á Lerma esta tarde.

Qué brusco es ese coronel, dijo Martínez, ¡qué vocerrón! y ¡qué botas! parecen alforjas, en ellas puede conducir el bagaje entero de su brigada, lo menos siete vacas han entrado en cada una.

—Le presento á usted á su hermano, dijo Rojas,

—¿Al hermano de las vacas? preguntó Martínez.

—Al del coronel Lozada, replicó Rojas algo mosqueado.

—Servidor de usted, dijo un joven que acompañaba al general.

—Pues señor, exclamó Martínez, dando un suspiro y mordiéndose el bigote, es cierto que el señor su hermano tiene unas botas demasiado grandes; pero no hay otro más simpático en todo el ejército.

Todos soltaron la risa al ver el aplomo del capitán éste, que era un campechano, se dirigió al joven y dándole un abrazo, le dijo:

—No he dicho más que la verdad, y lo repito, mi coronel Lozada es muy generoso; pero yo lo estimo por valiente.

—Amén, dijo Rojas, en tono de monigote de parroquia.

—Saben ustedes, objetó Martínez, que este aire es más frío que el aliento de una vieja.

—Opino de la misma manera, respondió Rojas.

El lector querra saber después de la historia de nuestro guerrillero, algo sobre su fisonomía.

Martínez es un mozo fornido, alto, doblado, como un hombre de campo, frente despejada, ojos garzos poblados de pestañas y dos cejas que se confunden en una sola línea.

Su nariz, es regular, sus labios se pierden bajo sus bigotes castaños, y su blanquísima dentadura se deja ver cada vez que lanza una de esas estrepitosas carcajadas tan conocidas en el regimiento.

Una cicatriz atraviesa su rostro, reliquia palpitante de la revolución de Ayutla.

La parte superior de la oreja izquierda se perdió en esa jornada; no obstante, aquel rostro tiene una simpatía franca, tras aquella mirada todo es noble.

No es el hombre de la venganza ni del asesinato, es el soldado de los combates ¡pobre Martínez! fiel como un perro, resignado á los trabajos, llevaba un pesar profundo en el corazón, y sin embargo, se manifestaba alegre y contento.

Esa hermana Guadalupe que él amaba tanto, era el foco de sus esperanzas; cuanto tenía era para ella, sólo esa criatura hacía palpitante con entusiasmo al guerrillero.

La mimaba aún á distancia, nada para él, todo para ella.

El Capitán Martínez era el tipo determinado del guerrillero, su traje muy sencillo, un sombrero alemán con galones y toquillas de plata, chaqueta de paño con alamares, calzonera negra con botonadura de concha, botas de cuero de venado, su revólver puesto á la cintura donde se ceñía una canana.

Montaba un caballo negro como la noche, le decía el *Azabache*. Los arneses eran de un gusto exquisito.

Pendiente de una correa y puesta entre las *arciones* de la silla, estaba la espada de un temple magnífico. Una reata en los *tientos*, y debajo y por ambos lados del *vaquerillo* dos pistolas dragonas.

El capitán Pablo Martínez, que así se llamaba nuestro héroe, tiene, como ya sabrá el lector, un modo de reírse estrepitoso, acciona como quien riñe, franco, consecuente y buen amigo, más bien está en los peligros que en los días de frascas y parrandas.

Martínez es un hombre que ríe de un muerto y llora al ver á un desgraciado.

IV.

Hacia dos horas que los viajeros se habían despedido del general Rojas, cuando se encontraron en la cumbre del *Monte de las Cruces*.

En esa sucesión de montañas cubiertas de espesas arboledas, hay un lugar que se llama *las Cruces*, de donde toma su

denominación esa sierra que conduce de Cuajimalpa á Lerma. Mirad aquella peña desnuda que se levanta al lado Sur de este camino.

Esa peña es una historia.

La pirámide de cantería plantada sobre la piedra, avisa al viajero que algo debe haber acontecido allí.

Descubríos la frente.

El padre de la independencia mexicana, el virtuoso anciano de Dolores, celebró ahí el sacrificio de la misa, delante de su ejército, el memorable día de la batalla.

Bajó del altar para empuñar la espada vencedora en aquel campo de gloria y de recuerdos.

Aquella piedra es una ara sagrada, hay un perfume santo que la circunda, su lámpara es el sol, sus pebeteros las flores que la primavera extiende en su derredor como ricas alfombras de un templo.

¡Cuadro sublime cuya copia es imposible!

Las tintas no se encontrarán nunca en la paleta del artista; ni será trazado por la mezquina pluma del escritor.

¡Sacerdote y caudillo!

¡La voz del cielo y de la patria! ¡las fibras más armónicas del corazón!

Aquí está el anciano cura sobre el pedestal que más tarde será el de su gloria inmortal.

El pueblo está arrodillado delante del rústico altar.

Masas inmensas, incontables; se agrupan en la llanura, en los recodos; en las cuestas, en las montañas; parece que los árboles han tomado la forma humana á la voz del sacerdote.

Esa muchedumbre es un ejército de héroes, que van á combatir por la independencia de América.

Invocan por los labios de su caudillo al Dios de las batallas, en los supremos momentos del combate, en esa crisis terrible, en que la sangre se hiela, el corazón no cabe dentro del pecho, las pupilas se dilatan y la muerte está delante de nosotros!

Un grito se levantó de todos aquellos corazones para pedir al cielo la victoria!

Dios escuchó aquella súplica ferviente, y las auras de la victoria mecieron los pabellones de la patria.

El héroe de ese día, el patricio que se ciñó los laureles del triunfo en esa inolvidable jornada, el ídolo del pueblo, el genio de América, espiró un año después en un patíbulo; y esa cabeza venerada donde brotó el pensamiento sublime de la emancipación de un pueblo, fué expuesta como la cabeza de Aden-Humeya, en una jaula, sobre el muro del castillo de Granaditas.

Su memoria será eterna en la historia de la humanidad, aunque sea sangriento su tránsito á la vida inmortal.....

Pasa su nombre á la posteridad bajo el dosel espléndido de la gloria, mientras que se pierden en sempiterno olvido el nombre de los miserables asesinos que lo llevaron al cadalso, apoteosis de su inmortalidad.

Junto á esos recuerdos de gloria y de gratitud, se halla también una página oscura trazada por la mano de la revolución.

Dos cruces negras ceñidas por unas coronas que los huracanes han despedazado, están clavadas á corta distancia en las mismas rocas.

Esas cruces recuerdan á los hombres asesinos.

Preguntad su nombre á los soldados de Calderón, Guadalupe y Calpulápan!

El patriarca de la Reforma y el caudillo de la revolución progresista, encontraron una tumba común en la montaña de las Cruces.

¡Sus manes están vengados!

El asesino ha traicionado á la patria, y en su frente lleva la marca de Caín, y como el fratricida oye á todas horas la maldición del cielo que tarde ó temprano caerá sobre su existencia.

Instintivamente los viajeros se detuvieron.

—Mi general Degollado fué muerto aquí, dijo el capitán con voz trémula, y se arrodilló delante de la cruz.

—Aquel hombre encallecido en las batallas, se conmovió delante de ese signo misterioso de la redención, clavado sobre una fosa.

Hay una lluvia benigna sobre las almas que parecen secas por el cierzo de las vicisitudes.

El soldado hacía los honores á su general muerto, en el campo de batalla.

El capitán se levantó agitado, limpió su frente húmeda por el sudor de la congója, y señalando la cruz inmediata dijo á Quiñones con desesperación:

—¡Compañero, el general Valle!

Quiñones no respondió, plegó el ceño y murmuró algunas palabras que no se le percibieron.

—Sí, dijo levantando la voz, yo recuerdo á mi joven general, con su voz de trueno, cuyos ecos respondían las barrancas de Atenquique. Parece que lo veo en el sitio de Guadalajara, con su bota Federica, su fieltro negro, su cajote gris, sí lo recuerdo bien; montado en su caballo colorado recorriendo la trinchera en medio del fuego.

Lo ví también con mi general González Ortega en Calpulápan ¡y colgarlo como á un bandido!

Quiñones saltó sobre su caballo seguido de sus compañeros, todos impresionados por tan dolorosos recuerdos.

VI.

Llevaban algunos minutos de camino, cuando vieron á lo lejos una nube de polvo y se oyeron algunos gritos.

—¡Lo fatal exclamó el capitán. ¡Ese caballo es el demonio! ¡rayo! ese hombre se pierde..... ¡lo mató.

Los viajeros lanzaron sus caballos al lugar de la desgracia, ya era tarde! Querejazu, el amigo de Rojas y á quien le había echado el fallo el capitán Martínez, estaba en el suelo sin sentido.

El médico lo había sangrado, la sangría no dió resultado alguno.

Los espíritus vitales le acompañaron algunas horas.

El lance había pasado así: á lo largo del camino estaba el cadáver de una mula; Querejazu que seguía distraído su marcha, al atravesar para tomar una vereda dió con el animal muerto, su caballo que era brioso, se encabritó, el hombre aturdido tiró de las riendas echándose encima, caballo y jinete rodaron por el suelo.

La cabeza de la silla hizo pedazos el cerebro del jinete.

—Nos llevó la delantera, dijo Martínez, y se unió con sus compañeros que esperaban al regimiento para incorporarse.

VII.

No hacía mucho tiempo que caminaban, cuando el ruido de los fusiles se dejó oír por las montañas.

—¡Barrabás! dijo Martínez, hoy es un día malo, véamos qué pasa, y lijeros como unos lebreles se dirigieron al lugar donde se armaba la escaramuza.

Un batallón formado de presidiarios se había sacado la víspera de la ciudad.

En los instantes en que es necesario aprovechar cuantos elementos se presenten, en que se necesitan brazos que empuñen las armas para combatir á un enemigo terrible, y defender intereses que están obre todas las consideraciones humanas, todo es permitido. Cierzo es que envuelve una inmoralidad, sacar de las prisiones á los reos para filiarlos en un ejército que por móvil debe tener el honor y el decoro; pero repetimos, en esos momentos de angustia se obra discrecionalmente, y las circunstancias autorizan esos hechos que no pasarían en épocas de orden y de reposo público.

Volvamos al teatro de los sucesos.

A la hora en que el ejército bajaba de las cumbres á la llanura de Salazar, tornaron á aparecer en mayor número las fuerzas reaccionarias y á introducir el desorden en las filas republicanas.

Los guerrilleros sostenían el fuego y arrojaban al enemigo allende las laderas del camino.

Favorecidos los presidiarios que formaban el batallón á que nos hemos referido, por el fuego de los destacamentos traidores, comenzaron á desbandarse.

El general, no pudiendo contener á la tropa, volvió sus baterías y ametralló á los dispersos.

El general Vega que cuidaba la retaguardia del ejército, al oír el fuego, creyó que el enemigo había sorprendido á las fuerzas, quiso adelantarse con su columna, cuando vió llegar en bandadas á los soldados, que al grito de ¡viva la religión! buscaban la fuga protegidos por las fuerzas contrarias.

Vega no acostumbra detenerse ante los obstáculos ni los peligros.

Una fatalidad había hecho que se encontrase á la retaguardia de las divisiones.

Un rasgo de audacia y todo estaba salvado.

Mandó hacer alto á las carros en que venían los enfermos, hizo formar á aquellos hombres macilentos y casi desfallecidos, les dió armas, y á su cabeza comenzó la dispersión.

A los primeros disparos comenzaron á vacilar los desertores acribillados por dos fuegos contrarios, los más fueron hechos prisioneros por los soldados enfermos de la valiente división de Sinaloa.

Las guerrillas enemigas fueron dispersadas completamente.

Formáronse los prisioneros delante del ejército que había hecho alto.

El General Porfirio Díaz, que tanto se distingue en la disciplina militar, como en el valor temerario que despliega en los accidentales de la campaña, mandó *quintar* á los desertores.

Un oficial salió de entre las filas, y comenzando por la derecha á contar unodos..... tres..... cuatro.....cinco!

Al soldado á quien tocó este número fatal, dió tres pasos al frente.

El dedo de la fatalidad lo había señalado como la primera víctima.

Siguió aquella cuenta de muerte hasta la conclusión.

Entre aquellos infelices había algunos soldados del benemérito ejército de Oriente, arrastrados por el destino á uno de esos motines que se contienen con el bronce.

Formóse el cuadro sobre el camino y aquellos infelices se arrodillaron para recibir la muerte.

El ejército contemplaba aquel cuadro aterrador, nadie estaba en su color natural.

Era necesario aquel espectáculo ante un ejército en que ya se dejaban sentir los síntomas del desorden, ante un ejército que era la esperanza de la revolución.

Una sucesión de descargas anunció la muerte de los insubordinados.

Dos tiros habían pasado á los soldados del cuadro, y muerto á uno y herido á otro.

Los cadáveres se arrojaron á un lado del camino.

El ejército continuó su marcha en un silencio sombrío, todos estaban tristes ante el siniestro drama que acaban de presenciarse.

Las mujeres de los soldados dieron sepultura á los cadáveres mutilados, señalando aquel lugar con cruces formadas con las ramas secas que arranca el viento á los árboles de las rocas.

VIII.

Sobre aquellas tumbas recién cavadas y en cuya tierra se percibía la sangre, estaba un hombre de pie con las manos sobre el pecho. El semblante de ese hombre era sombrío y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Pobres soldados míos! ellos me acompañaron al peligro tantas veces!.....no esperaban morir atravesados por las balas mexicanas!

Aquel hombre era el General Ghilardi, era el compañero de Garibaldi, del herido de Aspromonte, del derrotado de Monte-Retondo.

Ghilardi había estado en las barricadas de *cuarenta y ocho*.—Había salido proscrito de su patria. Se encontraba en América frente á frente de ese ejército que tornó á arrojar sobre el solio de la Italia á Pío IX.

Ghilardi murió un año después de la retirada del ejército, fusilado por los franceses cerca de Guadalajara.

La república ha venido á poner una corona de inmortales y siemprevivas en la tumba del expatriado, cuya sangre se ha ofrecido en los altares de nuestra independencia.

Ghilardi pasa á la inmortalidad en ese sangriento y glorioso catálogo de los mártires de la independencia.

CAPITULO TERCERO

ADELANTE

I.

El coronel Eduardo Fernández parecía extraño á cuanto pasaba en su derredor.

Tuvo un momento de excitación al principio de la escaramuza, después había seguido camino á Lerma, cuando se convenció que el enemigo no intentaría ataque alguno fuera del Monte de las Cruces.

Su asistente se había extraviado entre la confusión, y el caballo de Eduardo no podía dar un paso.

Ya no era aquel noble y brioso corcel que nunca había sentido el crugido del látigo, ni sentido el hierro del acicate, no, su cuello erguido en otras ocasiones al sentirse acariciado blandamente por la mano de una mujer, cuya casa trascendía á lo lejos, se inclinaba dolorosamente, sus narices aspiraban con ansia indecible, y todo él se movía á los latidos del corazón.

Dos veces no pudiendo resistir á la fatiga, dobló sus manos con un cuidado tal, como si quisiese evitar una caída á su anc.

—¡Pobre animal! dijo Eduardo, tan noble, tan inteligente. Luz va á hacer una pesadumbre con su muerte.

El caballo estaba en una postración completa.

Entonces el coronel le dejó libre de su peso y echóse á andar hasta la entrada de Lerma.

II.

El capitán Martínez y Quiñones, venían desesperados muertos de hambre y de fatiga.

Una falange de muchachos alegres como golondrinas atravesaban el camino.

—Adiós; mi capitán, dijo uno de ellos, haciendo una mueca graciosísima.

—¡Hola, Felipe! respondió Martínez, ¿traés algo que meter debajo de las narices?

—Sí, replicó Felipe, un magnífico rapé.

—¡Cargue el diablo contigo! dáme algo con que remojar la garganta.

—Deténgamonos, dijo Felipe.

La hacienda de Jajalpa estaba á la vista con sus árboles y sus techos de tela colorada.

—En cuanto á la parte gastronómica, estamos fallidos, dijo Felipe; pero Baco nos es propicio.

Dicho esto se pasó revista á las maletas, el capitán se arrojó como un gato sobre un trozo de queso, ¡ah bribones! dijo, ¿con que me ocultaban esta vianda?

Quiñones nada más veía.

Felipe tomó la única botella de coñac que quedaba, y llevándola á los labios, apuró algo del líquido y comenzó á emitir su parecer sobre la bondad, edad y longanimidad del aguardiente.

Dos ojos suplicantes como los de una Magdalena lo veían con una ternura inexplicable y dramática.

Eran los del capitán Martínez que se daba por invitado sin que nadie le hubiera hecho la menor indicación.

El capitán tosió, estornudó, habló del calor, pero nadie hizo caso.

Observó la falta de agua, cuando nos deslumbra el espejo clarísimo de la laguna de Lerma.

El capitán hubiera desmentido sus antecedentes, acaso de abdicar de su sistema antiguo que él llamaba su programa.

Arriscóse el sombrero, y con el aire campechano se acercó á Felipe y la apostrofó de una manera:

—Amigo, yo soy mejor conocedor que usted, y maestro en la materia, con sólo oler ese coñac digo su fé de bautismo, y de donde es y cuánto tiempo lleva embotellado.

El incauto joven pasó la botella á Martínez, éste la llevó á la nariz y aspiró con ese aire que se da un boticario en su droguería.

—¡Por Barrabás que es algo añejo! y siguió en sus investigaciones.

Aplicó la boca de la botella á la suya, dió un trago capaz de apurar doble del contenido.

—¡No está del todo malejo! exclamó y tomó resuello para continuar.

Quiñones se rascó las orejas.

—Un pesillo á que adivino todo lo que tengo ofrecido.

—Aceptado, gritaron todo los camaradas.

—Pues señores, este coñac.....este coñac.....y menudeaba tragos que era gloria; lo han embotellado.....en tiempo de Saligny, ministro de Francia.

—¡Maldito seas tú y los franceses! le dijo Felipe arrancando la botella de sus manos.

Pero ¡oh ilusión! ¡oh desengaños de la vida! ¡oh.....en fin! la botella estaba vacía y su contenido había pasado al estómago del guerrillero.

Un aplauso resonó en los portales de la hacienda. Quiñones rechinaba los dientes como un condenado.

III.

Púsose en marcha la turba aventurera, y á las tres de la tarde se descolgaban como una nube en la nobilísima ciudad de Lerma.

Lerma es una ciudad excepcional, se compone de una sola calle que se prolonga de una manera horriblemente desigual. Ningún edificio se parece á otro.

Cada casa representa el capricho ó la excentricidad del dueño.

Una casa microscópica junto á unos paredones en ruina. Un edificio de dos pisos junto á las tapias de una zahurda.

Hay algunos edificios de gusto pero sin armonía con el resto de la ciudad.

La calle es "el Camino real;" quien haya viajado por la República comprenderá el infernal sentido de esta frase.

IV.

Las primeras brigadas hicieron alto en Lerma.

La ciudad tenía una animación desconocida hasta entonces.

Los efectos de su comercio se consumieron instantáneamente á precios muy subidos.

Los infortunados viajeros que llegaban en caravanas no encontraban ni una miserable fonda donde restaurar sus fuerzas debilitadas.

Nuestros amigos traían una hambre devoradora.

Quiñones, tomando un aire de protección, dijo á sus compañeros, en tono de conquistador:

—Señores les tengo reservada una sorpresa, voy á hacerles servir una comida opípara, carnes frías, jamón, pasteles, coñac y vinos generosos, el que quiera, tome su cruz y sígame.

Las tripas del capitán gruñeron de alegría.

Quiñones tomó la delantera seguido del capitán, Felipe y otros calaveras.

V.

En una tienda, donde ni aún se notaba resquicio alguno de efectos y comestibles, se había alojado la familia de un teniente coronel amigo de Quiñones. Hombre rico que se retiraba á una de sus haciendas del Interior.

Llegóse Quiñones con sus compañeros ostentando la confianza que tenía con su jefe.

—Felices, señor Don Cirilo, ¿cómo ha ido de viaje?

—¡Ah! es usted, señor Quiñones, no lo hacía yo á usted por aquí, pasen ustedes, señores.

—¡Malo! dijo por lo bajo Martínez.

—Tomarán algo, supongo que tendrán necesidad.

—Alguna, señor, replicó Martínez.

Don Cirilo ni se apercibió de la presencia del capitán.

—Buscaremos un mozo, dijo el teniente coronel, que busque algo en la plaza, porque nosotros ya almorzamos y sólo hemos reservado algo para pasar la noche.

¡Burdeos! ¡coñac! ¡pasteles! todo había desaparecido.

—¡La fábula de la lechera! gritó el capitán Martínez.

Quiñones se quedó estupefacto, donde creía encontrar la hospitalidad, se halló con una recepción cien grados bajo cero.

Subiósele la sangre á las orejas, y respondió temblando.

—¡Mil gracias!

Martínez, como en todos los lances críticos, soltó una carcajada homérica y se escurrió con los otros compañeros, dejándolo en el suplicio del ridículo al desgraciado Quiñones que había olvidado hasta su idioma.

Quiñones no se atrevía á levantar los ojos, estaba avergonzado, horriblemente corrido.

Los brazos sobre el pecho, el sombrero hasta la narices, era la efigie de un joven desengañado.

—Buenas tardes, dijo al fin con acento apagado.

—Vaya con Dios, dijo Don Cirilo, y el desgraciado Quiñones dió la vuelta y abandonó la tienda como un perro rabioso, jurando en su foro interno saquear la hacienda de D. Cirilo, y exigirle un préstamo forzoso en la primera oportunidad.

Si le ha caído al teniente coronel una sola de las maldiciones de su amigo, lo pulveriza.

Después de buscar una hora larga á sus compañeros, los encontró apoderados de una gallina, que probablemente se había tomado Martínez contra la voluntad de su dueño.

Recibióronle con una salva de carcajadas estrepitosas, y

después de una docena de bromas y de chistes se olvidó la escena del teniente coronel.

VI.

El coronel Fernández llegó á Lerma desesperado con la aventura de su caballo, y prometiendo una paliza al asistente y un arresto de quince días á Martínez y Quiñones.

Se dirigió á la plaza sin saber donde se alojaría el regimiento, cuando oyó la voz del coronel Lozada que reñía á dos sargentos, á quienes apostrofaba horriblemente.

—Compañero, dijo Eduardo, sálveme usted de esta catástrofe, mi caballo está muerto, yo tengo hambre y no encuentro alojamiento.

—Venga usted conmigo, yo tengo todo, absolutamente todo, todo malo, pero nada me falta.

Los amigos se dirigieron á la casa del coronel Lozada.

Eduardo tomó algunos platillos de campaña y se acostó un momento.

El coronel dispuso que dos infelices machos de carbonero se atalajasen en el acto y se pusiesen á una calesa que había embargado.

Habilitó de cochero á un recluta y avisó á Eduardo que el tren estaba dispuesto para conducirlo á Toluca.

Los machos se resistían al freno; no hicieron lo mismo con los latigazos y echaron andar por el cañón de Lerma, que en línea recta lleva á la muy renombrada ciudad de Toluca.

VII

A los lados del camino se extiende la pintoresca laguna de Lerma, con sus bandadas de pájaros, sus gallinas blancas que se sumergen continuamente, sus patos que se deslizan fugitivos entre las brumas, sus garzas coqueteando en el limpio espejo de las ondas, y sus ninfas confundiendo con las blancas espumas de los remanses.

A las márgenes del lago se agrupan poblaciones pequeñas, que se reproducen en las ondas y se dibujan en el horizonte, con sus blancos campanarios que se levantan entre grupos de árboles de esmeralda.

En las pequeñas islas del lago hay bosques de tul, que

asaltan en sus chalupas nadadoras los indígenas, haciendo, el corte con una violencia extraordinaria.

Más adelante se descubre la hacienda de "Doña Rosa," con su calzada de fresnos y sus portales de buen gusto.

A la izquierda del camino y en el fondo del horizonte, destacándose con la majestad de un monumento, se alza gigante el Nevado de Toluca.

¡EL XINANTECALI! ¡Oh! esa mole inmensa, altanera, majestuosa, con su frente coronada de nubes, con sus tempestades, sus huracanes, sus ecos misteriosos, el derrumbe de sus hielos, su cráter astillado.....todo revela una catástrofe.

¡La erupción debe haber sido horrible!

Los surcos del fuego se notan en todas direcciones, y las rocas de lava, esparcidas en torno, son las páginas de ese día tremendo.

Mudo desde aquella hora, apagado, sombrío, es un cadáver amortajado, en medio del valle.

Cubierto con los crespones del cielo, envuelto en las tinieblas de la tormenta, no oye los murmullos sombríos de la gigante arbolada de la Sierra.

Duerme tranquilo al arrullo de los siglos que le saludan á su paso!

Mis primeros cantos fueron para tí, mis primeras inspiraciones de poeta se desprendieron de mi alma á tú contemplación, y mis sueños de niño se deslizaban á la vista de tus cumbres gigantescas!

Hoy no puedo darte mis canciones, mi lira ha enmudecido y la inspiración se ha apagado, pero yo te consagraré en el fondo del hogar mis relatos de peregrino!... ..

VIII.

La noche se avazaba y el carruaje del coronel Fernández apenas caminaba arrastrado por aquellos infelices animales y a insensibles á los latigazos.

Un grupo de jinetes se adelantó hacia el coche.

—¡Viva la patria! gritó la voz conocida de Martínez. Muchacho toma mi caballo, yo subo al pescante; conozco el idioma de los brutos.

Saltar del caballo y subir al pescante, todo fué obra de un momento.

Las frases que dirigía á los pobres animales no pueden trasladarse á las páginas de este libro.

Es el de todos los conductores del mismo idioma.

IX.

A las cuatro horas de camino, el carruaje entraba por la calzada de árboles, que es acaso la más hermosa que tiene la ciudad de Toluca.

Allí hay un recuerdo histórico.

Sobre uno de aquellos árboles y en el espacio de las ramas más frondosas, está colocada una *Cruz Blanca*.

En la cabeza y frente á este árbol, fué asesinado uno de los escritores más activos de los primeros tiempos de la República.

Su nombre ha desaparecido; pero vive su seudónimo. Se firmaba: *El Payo del Rosario*.

Aquella cruz es uno de los primeros monumentos, que los rencores intestinos han levantado en la extensión de nuestro país.

X.

La luz suavísima de la luna comenzaba á sobreponerse á los últimos albores crepusculares, y las nubes cenicientas se alejaban en grupos impelidas por el aire de la noche, dejando á las estrellas brillar en el fondo de un cielo claro y apacible.

A la falda de una cordillera de cerros colocados en orden sucesivo de Oriente á Poniente, se reclina la ciudad de Toluca.

A lo lejos parece que está dibujada en las rocas de la gigante *Teresona*, madre de aquella cordillera.

Roca estéril donde no se asoma una planta, donde la vegetación es desconocida.

Esa montaña parece la atalaya de la ciudad que duerme día y noche en un profundo letargo.

De aquella ciudad no se levanta ese constante y vago murmullo que arrojan los grandes centros de población.

La atmósfera siempre pura, do se turba con los ecos de la multitud.

Toluca es una ciudad anacoreta que hace oración arrodillada al pié de su cordillera.

Es una religiosa que ha buscado un valle silencioso para sus contemplaciones.

Es un barco encallado en un banco de flores.

La ciudad es bellísima, su ancha plaza con sus casas consistoriales y sus edificios simétricos.

En el centro se levanta una estatua de mármol sobre un pedestal decorado con sencillas inscripciones.

Aquella estatua es magnífica.

El cura Hidalgo sin los ropajes de la clerecía, con la acta de la libertad en la mano.

No es el caudillo orgulloso que empuñando el acero se ostenta ante su ejército victorioso, es el patriarca venerado, el apóstol de la libertad.

No es el hombre de las armas, es el nuncio de la palabra y del Evangelio.

La cabeza inclinada, su mirada dulce, su actitud humilde, todo revela al sacerdote y al héroe.

Así lo quiere un pueblo, así lo adoran las generaciones, así está sublime y deificado en el altar de la patria!

XI.

Toluca es una ciudad de lujo.

Sus portales, sus templos y sus teatros son bellísimos.

Hay un paseo allende la cordillera, formado por un bosque espeso de cipreses, en cuyo fondo se precipita un torrente de agua purísima, deshaciéndose en corrientes espumosas á cuyos bordes crecen flores salvajes que inundan en perfumes aquel bellísimo y pintoresco lugar.

La ciudad se viste de luto en las festividades religiosas, entonces despliega toda su riqueza y buen gusto.

Estas galas suelen reservarse para los días de la patria.

Aquella ciudad recibía en su seno el *dos de Junio* una inmigración de diez mil almas.

Todo estaba ocupado.

En los edificios públicos se alojaba la tropa, y en cada casa no faltaban media docena de huéspedes.

Los habitantes se mostraban galantes con las familias emigradas.

XII.

El coronel Eduardo se alojó en una celda del Convento del Carmen, donde paró su regimiento.

El capitán Martínez, Quiñones, Felipe y otros compañeros se dirigieron al Hotel de Diligencias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. Y. S."
1625 MONTERREY, MEXICO

33569